

Faustino

Federico Patán

El personaje de este cuento de Federico Patán —profesor universitario y autor de A orillas del silencio y Mujeres ante el espejo, entre muchas obras— se dará cuenta, ya sin remedio, de lo fácil que es ponerse en contacto con Satanás y de lo difícil que resulta después cumplir con sus aberrantes exigencias.

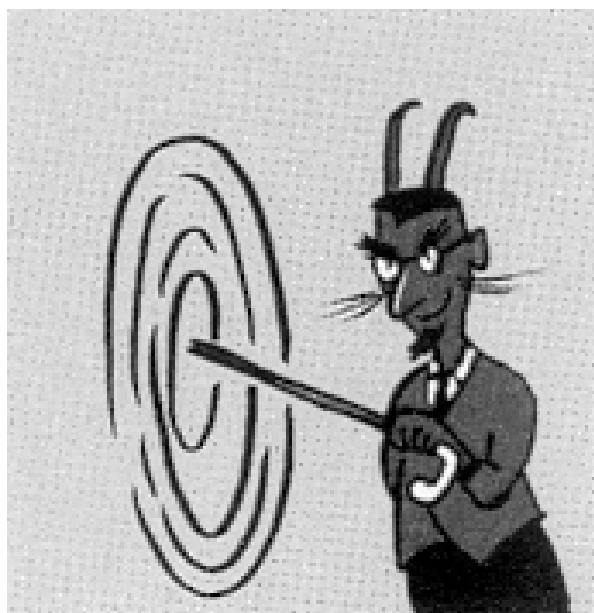
No fueron las deudas, en sí pagables. Sucedió que, una vez liquidadas a fin de mes, apenas quedaba para concederse un respiro. Y en cuanto a excesos, eran inconcebibles dado el poco dinero sobrante. Si acaso, una ida al cine con la esposa, compartiendo las palomitas. Ella no se quejaba, bien que ocasionalmente lo viera como preguntándose algo. Cuando acabemos de pagar el condominio, le aseguraba él, haciendo una pausa donde ella pudiera colocar sus apetitos. Que nunca revelaba: Sí estoy contenta, en serio. Y se alisaba con las manos el eterno vestido casero. En la oficina llegaba a comentar su situación ocasionalmente. Pero sólo con Valdés, su

conocido más pretérito. Quien lo escuchó con bondadosa atención las primeras veces. Luego un día, acaso exasperado, le dijo: “Pues véndele tu alma al diablo. Algo te dará por ella”.

“¡Ah qué Valdés este, tan ocurrente!”. Y Faustino se dedicó a su trabajo. No por mucho tiempo, ya que Valdés lo interrumpió: “¿Sabes dónde lo encuentras?”. La pregunta de Faustino fue genuina: “¿A quién?”. Lo miraron con lástima: “Pues al diablo” y Faustino comenzó a molestarse, pensando que la broma comenzaba a desmandarse. Pero decidió ser paciente: “No. ¿En dónde?”. Valdés se inclinó hacia él, insinuando que estaba por comunicarle un secreto: “Los domingos toma café en la placita de los manzanos. Llega sin falta a las doce y se va como una hora más tarde”. Faustino: “Y tú ¿cómo sabes esto?”. El otro se echó para atrás en el asiento: “Un día quise proponerle trueque por mi alma”. Al ¿y? de Faustino contestó: “Me dio miedo. ¿Te completo los detalles, para que lo reconozcas?” y al sí de Faustino contestó dando toda la información de que disponía.

Aquella noche Margarita, su esposa, le mostró el eterno vestido casero. Si acaso resistía una lavada más. “A ver si consigo unas horas extras” propuso y comió de mal humor la cena. Tuvo pesadillas en las que deambulaba por su condominio, vacío de muebles, gritando el nombre de la esposa. Nunca le contestaron. Al día siguiente el jefe escuchó su petición y dijo: “Anda mal la compañía. A ver si el mes que entra” y Valdés no pudo hacerle un préstamo. “Ando igual que tú. Si hasta he vuelto a pensar en ir a la placita” pero sonreía con





© Récrit Stéphane Bernier



© Récrit Stéphane Bernier



© Récrit Stéphane Bernier

burla. O así lo pensó Faustino. Quien el domingo estaba en la placita. A las doce. Y en efecto, allí descubrió al señor aquel según lo había descrito Valdés. Elegante, sin duda. Con serenidad veía pasar a los transeúntes. Algo se le iluminaba en el rostro si quien pasaba era mujer y mucho si era atractiva e incluso más de ser joven y guapa.

¿Y qué hago? pensó Faustino. ¿Simplemente llego a plantearle la situación? Si es el diablo, capaz y la adivina y no tengo que hablar mucho. El otro, en ese momento, puso los ojos en él. Pero fue un instante y no hubo consecuencias. Dispuesto a no gastar en un café, se detuvo frente a la mesa del hombre. Éste hizo un gesto de molestia, pues le obstruía la vista. “Me dijeron que usted compra...” pero no lo dejaron continuar: “Mire, señor mío, los domingos es obligatorio respetar el descanso”. Faustino se dispuso a insistir, pero el otro lo impidió con un gesto. A continuación, sacó de un bolsillo interno una tarjeta y se la entregó a Faustino: “Búsqueme mañana” y como en ese momento pasaba una chica algo más que bonita, se abstraigo en verla desaparecer y ya no prestó atención al recién llegado. Quien se fue examinando la tarjeta: un nombre, una dirección, un teléfono, un correo electrónico. Transacciones, S.A., el nombre. Algo se borraron las dudas de Faustino.

“¿Y el paseo?” preguntó por hábito la esposa. “Como siempre” y tras comer se pusieron a ver la televisión y cenaron y se acostaron y al día siguiente cada uno a su trabajo. “¿Fuiste?” quiso enterarse Valdés. “Sí”. Inconforme con el silencio: “¿Y entonces?” insistió. “No trabajan en domingo”. Valdés: “Pensé que eso lo respetaban los puros cristianos” y Faustino propuso: “Éstos también son cristianos, aunque sea al revés”. Luego, cada uno a su trabajo. Por la tarde Faustino se acercó a la dirección especificada en la tarjeta. Buen edificio, de gente acomoda-

dada. La oficina estaba en el séptimo piso, a la izquierda. La séptima puerta desde el elevador. Buscó un timbre. No lo había. Llamó con los nudillos. “Pase” dijo una voz de mujer. Entró. Recepción pulcra, con gran ventanal a la izquierda. Al escritorio una secretaria rubia. Muy descarada en manifestar sus pechos. Sonrió profesionalmente desde unos labios demasiado pintados. Lo miraba, sin curiosidad, desde unos ojos demasiado pintados. “Dígame” con tono neutro. “Quisiera ver al encargado” informó Faustino. La mano de uñas demasiado pintadas levantó el interfono, algo dijo en él, lo colgó y la voz neutra “pase” concedió.

El escritorio era inmenso y tras él se hallaba el hombre. “Ah, usted” y la voz imitaba en tono a la de la secretaria, “siéntese, por favor” y, cuando vio a Faustino acomodado, agregó: “Permítame adelantarle que en estos días hay abundancia de ofertas en el mercado. Sin embargo, veamos qué puede hacerse” y por el interfono pidió a la secretaria que viniera. “Por favor, dele su nombre” y “Faustino Pérez Heras” informó Faustino. Al cabo de unos minutos la secretaria volvió, para entregarle al hombre una hoja de computadora que éste vio con algún detenimiento. Sacudió entonces la cabeza, tal vez decepcionado: “Se encuentra usted muy abajo en el valor de sus acciones. No le conviene vender en este momento. Apenas le daríamos cualquier cosa” y esperó la reacción de Faustino, quien deseó conocer los motivos de aquella valoración. “Posee usted un alma indiferente” le informaron. “¿Y entonces?”. El otro se encogió de hombros: “No sé, cumpla buenas acciones y dese otra vuelta en unas semanitas, a ver si mejoró su condición” y minutos después Faustino iba encaminándose a su vivienda.

Por la noche tardó en dormirse, ocupado en el asunto. ¿Un alma indiferente? ¿Buenas acciones? “¿Pasa

algo?” le preguntó amodorrada la esposa un tanto después de la medianoche. “No, no” contestó él pero ya no le hicieron caso, pues Margarita había regresado al sueño. Al día siguiente se acercó a una compañera de trabajo: “Voy a servirme un café. ¿No quieres uno?”. Lo tenía prohibido. “¿Y un té?”. Que no le apetecía. Hizo la misma pregunta a otra compañera, cinco escritorios después. “Bueno” y él, feliz, se acercó a la cafetera general. El resto de la mañana trabajó contento. Por la noche, mientras él y Margarita cenaban frente a la televisión, le preguntó comedido por el transcurso de su día. “Pues como todos” informó ella, más interesada en la pantalla que en la pregunta. El sábado Faustino le dijo a su mujer: “Hoy me toca lavar los trastes” y lo hizo, ante el asombro de ella. Cuando lo vio dormitando en la sala, repasó varios platos y algunos vasos que habían quedado mal. Luego, le echó una mirada al dormido esposo. ¿Qué le habría pasado? Y volvió a la cuestión el domingo, pues Faustino insistió en ayudarla con el súper donde se equivocó de marca en varias ocasiones, pese a las indicaciones precisas de ella. Además, echaba las verduras en las bolsas sin examinar su condición.

“Levísimo cambio hacia lo positivo” le informó el hombre, “así que persevera”. Esto el lunes por la tarde. La secretaria, excesivamente pintada, lo despidió con un algo más de cordialidad. Faustino decidió caminar un trecho, para darse tiempo de pensar. Vio a la anciana desde mucho antes de llegar a ella. A la entrada de una tienda, varios paquetes en los brazos. “Permítame que le ayude hasta su auto” y quiso aliviarla de la carga. De inmediato la anciana gritó que la asaltaban y dos hombres se acercaron, dispuestos a impedirlo. Faustino se explicó, la voz temblorosa. No le creyeron del todo, pero lo dejaron ir. “Ser buena gente cuesta trabajo” le comentó a Margarita aquella noche.



“¿Y eso?”. Él hizo un gesto disminuyendo la importancia de la afirmación: “Nada más” y tuvo un sobresalto cuando la esposa replicó: “Ser buena gente es una pérdida de tiempo. Nadie lo aprecia y hasta idiota te creen”. Pero a la mañana siguiente Faustino le llevó su café a la colega. Se lo agradecieron mediante una sonrisa donde alentaba cierta promesa sentimental. Faustino prefirió no enterarse.

“Andamos casi en las mismas” le informó el hombre, “así que debe esforzarse más”. Faustino informó a Margarita que, de ahí en adelante, a él le correspondía lavar los trastes de la cena. Margarita se limitó a un

“no” rotundo y desmesuradamente agresivo. A

las indagaciones de él contestó: “Le quitas el chiste a mis días” y no hubo manera de modificarle

la decisión. Faustino nunca la había sentido tan seria, y la seriedad se alargó hasta que estuvieron frente a un programa de concursos. Para Faustino, otra noche de dormirse tarde. Y mal. Durante la vigilia buscó posibilidades de mejorar el estado de su alma. Si su madre viviera, podría escribirle una carta. Enternecedora, preocupándose por sus horas provincianas. Luego recordó que tenía una prima

en el mismo pueblo donde radicara su madre. Al día siguiente escribió la carta, meramente amable, enviándola enseguida a una antigua dirección que conservaba, rogando que no se hubieran dado cambios de domicilio. La colega, que le venía proponiendo temas de conversación al momento de recibir el café, le dijo aquella mañana que lo encontraba un hombre encantador. No atractivo, pensó Faustino, simplemente encantador. Pero su mujer llevaba tiempo sin llamarlo ni siquiera encantador. Con todo y estar yendo al súper con ella. Así que aceptó el cumplido respondiéndolo con una sonrisa amplia y complacida.

Estaba en el archivo, localizando un documento.

“¿Sabes dónde lo encuentras?”.
La pregunta de Faustino fue genuina: “¿A quién?”.
Lo miraron con lástima: “Pues al diablo”...

Apareció la colega. Cerró la puerta, vino hasta él, lo abrazó y le puso en los labios un beso muy apretado. “Por ser tan amable” se explicó antes de abrir la puerta y regresar a su escritorio. Luego, en casa, encontró la respuesta de la prima. Se regocijaba de haber tenido noticias “de su primo preferido” y hacía recuento de anécdotas. Cerraba la extensa misiva con una pregunta: “¿Te acuerdas del huerto?”. Y a Faustino, de pronto, le vino el huerto a la memoria. En él se reunía con la prima algunas noches en que se fueron mostrando secretos. Si ella la buena disposición de sus pechos, él la altura de sus aspiraciones. Nunca pasaron de los toqueteos, pero Faustino cayó en un estado de ánimo reminiscente de aquellos momentos y puso una caricia mensajera sobre el cuerpo de Margarita. “Estoy muy cansada” fue la respuesta de ella y Faustino terminó en el cuarto de baño, donde se ayudó en la tarea con imágenes del huerto.

“No mejoramos” fue el dictamen del hombre Faustino, pensando en la semana transcurrida, se lo esperaba. La secretaria lo despidió con muestras de cortesía acrecentadas por no decir que próximas a la amabilidad. Aquella mañana la colega, recibiendo el café que ya se había vuelto obligación para Faustino, le dijo: “Al rato me toca estar en el archivo” y en su momento, con discreción, al archivo se encaminó Faustino, lleno de obediencia. Lo ocurrido allí le trajo memorias del huerto y Valdés se creyó obligado al consejo: “Es muy lagartona y tú andas bien casado”. Se encogió de hombros ante el “no te preocupes” de Faustino. En su respuesta a la prima confesó, al final de la misiva: “En ocasiones, tengo nostalgias del huerto”. Se arrepintió de haberlo escrito, pero ya para entonces la carta iba en camino. Al día siguiente la colega preguntó, en el momento de recibir el café: “¿Ya le dijiste algo a tu esposa?” y al “¿de qué?” honesto de Faustino replicó, un tanto molesta: “¿Cómo de qué? De lo nuestro”. Él la miró asombrado: “¿Cuál nuestro?” y ella: “¿Andas imaginando que las cosas son gratis?”.

Faustino durmió (otra vez) mal. En el único sueño que recordaba se vio en el huerto, esperando a la prima. Quien aparecía era la colega, de mal ver sin los disimulos de la ropa. Cúmplame, le decía mientras intentaba montarlo. “¡Faustino!” gritaba alguien y ese

alguien era una sobresaltada Margarita. El grito lo despertaba y se vio sacudido por la esposa: “Estás hablando en sueños y no me dejas dormir”. Al día siguiente fue a trabajar con el ánimo indispuerto. Con temor puso la taza sobre el escritorio de la colega. Nada le comentaron. Así transcurrió el día. La secretaria lo recibió con una sonrisa cordial: “Anda usted a la baja” le informó sin verificar en la computadora. Había, pues, interés en su caso. “¿Y a qué se debe?”. Lo miraron con cierta burla: “¿Acaso no lo sabe? Los archivos pesan” y Faustino buscó la calle, sacudido porque hubiera información sobre lo allí ocurrido. Pero además,

desde su perspectiva, todo había sido con buenas intenciones. Pero claro, y aquí apareció la memoria del padre, de buenas intenciones... Necesitaba cuidarse. Al tercer

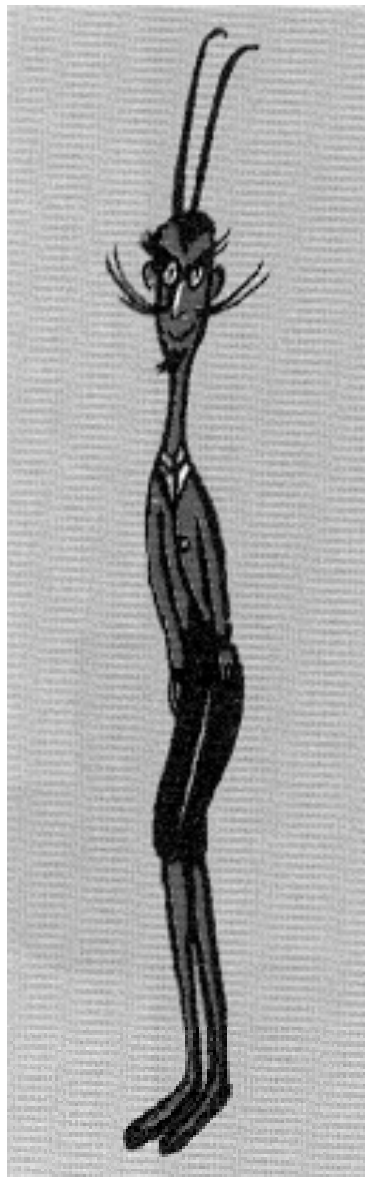
día de precauciones la colega se le acercó: “¿De qué se trata? ¿Ya conseguí, me vuelvo ojo de hormiga? Conmigo nadie juega...” y volvieron a la rutina del café y los intercambios de miradas. Valdés se limitó a sacudir la cabeza.

Hubo otra sesión de archivo. Le dijeron: “Esto se anda volviendo indiscreto. Busca hotel” y él quiso negarse, pensando en su expediente y reacio a

inventar excusas que dar a Margarita. Además, la colega no lo atraía tanto como para arriesgar su situación. Sobre todo, ansiaba el trueque, ahora menos por el dinero que por situar sus acciones a la alza. Pasó una semana de abstinencias. “Ya consiguió el nivel de antes” fue la noticia que le dieron y llegó eufórico a su departamento. “Oye, Faustino, vino una colega de tu trabajo, que le urgía hablar contigo” le dijo Margarita a la hora de la televisión. El programa que veían se le amargó de inmediato. Aquella noche el huerto volvió a sus sueños pero, claro, no lo habitaba la prima sino la colega. Se vio obligado a satisfacerla y, mientras lo hacía, en un árbol próximo el indicador de sus acciones iba descendiendo. Despertó sobresaltado y no pudo ya regresar al sueño. Margarita, ajena a todo, descansaba con el suave ronquido que le era cotidiano.

Valdés no se mostró demasiado severo: “¿Por qué no prestas atención cuando el consejo todavía sirve? Ahora, a ver cómo deshaces el enredo” y parecía comiserarse viendo el gesto de Faustino. A media jornada sugirió de pronto: “¿Y si te la llevas a un parque y allí le





explicas todo? En un parque no se atreverá a gritar”. No es mala idea, pensó Faustino y la puso en práctica. La colega se le quedó mirando unos instantes y: “Está bien, pero me gusta darle de comer a las palomas. Lleva un pan”. Saliendo del trabajo, y cada uno por su lado, llegaron al parque elegido. Serían las cinco de la tarde. “Mira, aquella banca está apartadita” señaló la colega y en esa banca se acomodaron. “¿Trajiste el pan?”. Lo tomó de la mano de Faustino y fue echando migas al suelo. Pronto los rodeaban palomas y gorriones. “¿Te

pregunto o me dices?”. La frase vino sin que lo miraran. La colega parecía interesarse más en las aves que en él. “Yo quiero mucho a mi esposa” dijo a modo de preámbulo. Las migas seguían cayendo según era el consumo. “¿Y eso qué tiene que ver con lo nuestro?”. Pregunta desconcertante para Faustino: “Pues todo” y continuaban sin verlo, los ojos de la mujer puestos en los connatos de pelea entre los invitados. “Tú sigue queriendo a tu esposa y a la vez me cumples. Es lo que corresponde” y de allí derivó la pregunta: “¿Que te cumpla qué?”. Una paloma hizo huir a otra, con piquetazos, de un buen trozo de miga. “Que se me pegue algo de tu salario ¿no? Mantenerse calladita es trabajoso. Merece recompensa”.

Faustino, en segundos, examinó la posibilidad: “¿De dónde, si apenas llega para lo indispensable?”. Lo cual, meditó segundos después, era igual que aceptarlo si tuviera dinero, recriminándose lo acelerado de la contestación. “Yo que tú, me daba unas horas para pensarlo” y las aves rondaban la banca, ignorando que el pan se había terminado. “¿Pensar qué, si no tengo dinero?”. Pusieron los ojos en su rostro. La voz no era necesariamente hostil: “Bueno, pues entonces me voy. A tu departamento” y la colega se levantó con esas intenciones. Faustino la miraba sin creérselo. “Pe rooye...”. Sin embargo, la colega ya estaba en marcha. No con demasiada prisa, tal vez dando tiempo al arrepentimiento de Faustino. Quien se puso a seguirla. De esta manera alcanzaron la orilla del parque, sobre la avenida de dos sentidos. Cuando llegaba el autobús, la mano de Faustino se disparó con voluntad propia y el empujón puso a la colega bajo las ruedas del vehículo. Hubo un chirrido de frenos, gritos, confusión. Se intercambiaron suposiciones mientras algunos curiosos se asomaban para ver lo ocurrido con la víctima. Una señora de buena edad insistía en que la accidentada, al no distinguir el borde de la acera, había perdido el equilibrio. Apareció una patrulla. Hizo preguntas. A la que le correspondió Faustino respondió: “Cuando llegué ya había ocurrido”. Más tarde, la ambulancia se fue alejando con la sirena en pleno.

“Como verá”, sonrió el hombre, que de pronto estaba allí, “la suya me salió gratis”. [I]

Para Faustino, otra noche de dormirse tarde. Y mal. Durante la vigilia buscó posibilidades de mejorar el estado de su alma. Si su madre viviera, podría escribirle una carta...